*La construcción de la figura femenina**

Paloma Villegas

Para hablar de la situación actual de las mujeres, o de cuál creemos que será su situación en el año 2020, lo primero que tendríamos que saber es de quién hablamos cuando hablamos de las mujeres: ¿de nosotras, las que estamos en este Congreso o las que podrían estar? ¿De las empresarias, académicas, periodistas, artistas, escritoras o militantes de este país o de otros países? ¿De las que viven en guerra en Kosovo, en Irak, en Sudán; las de Europa del Este, que dicen que a ellas el muro les cayó encima; las de Afganistán e Irán, que gracias a las revoluciones fundamentalistas perdieron en pocos años lo que habían ganado a lo largo de siglos, y han tenido que regresar a la oscuridad de la casa cerrada, al chador, al velo y a la desaparición? ¿O de las mujeres mexicanas que no tienen asistencia médica, ni educación para sus hijos? ¿De las que deben llevar a vender sus productos cargándolos a lomo, como animales, varios kilómetros, hasta el mercado más próximo? ¿Las que han tenido que dejar sus casas porque las han sacado a punta de amenazas nuestros valientes soldados o paramilitares? ¿Las que ahora, es decir, desde hace más de un año, están "acampando" bajo pedazos de plástico sostenidos por palos, y allí dan a luz, allí duermen, bajo la lluvia y el frío, allí tienen a sus hijos, en el lodo, allí cocinan los cuatro chayotes por familia, el cuarto de frijoles, mientras esperan y esperan? ¿O tal vez no sólo haya que hablar de las mujeres vivas, sino también de las mujeres muertas, por ejemplo, las mujeres muertas en Acteal?

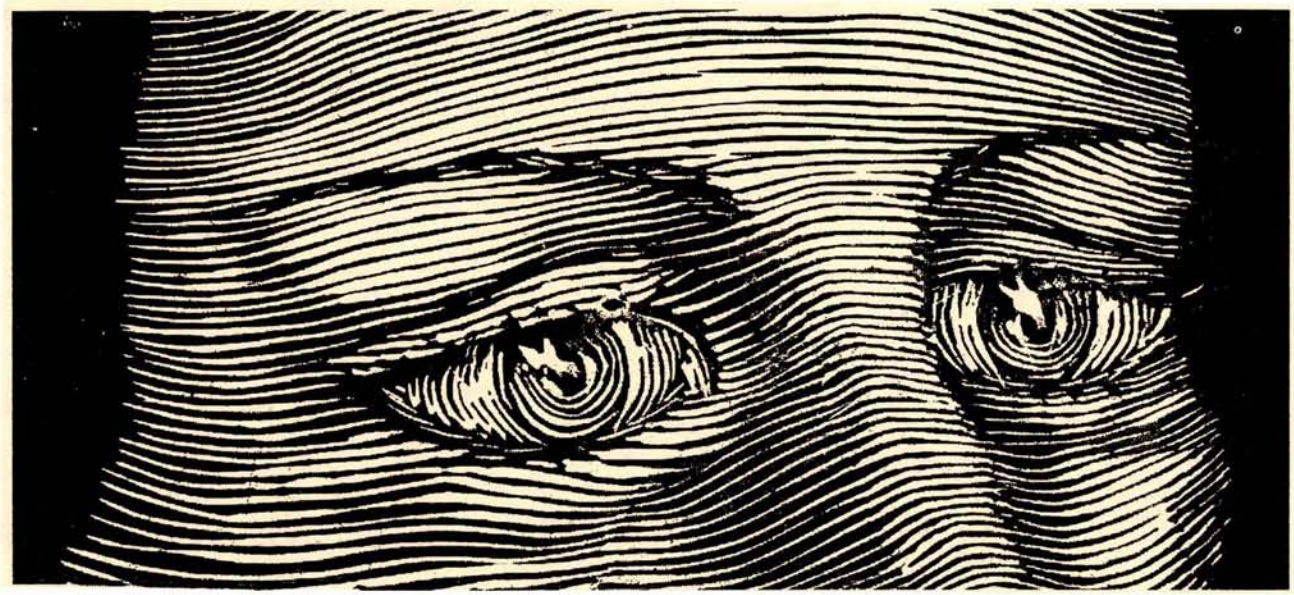
La duda no es nueva. Una y otra vez, en las últimas décadas, las mujeres nos hemos reunido para hablar de las mujeres y siempre el problema —o uno de los problemas— ha sido de qué mujeres vamos a hablar. Ojalá entre todas pudiéramos hablar de todas las mujeres.

En esta ocasión he optado por ocuparme de una mujer a la que creo conocer bastante, a la que veo todos los días y cuya situación es bastante importante para todas, aunque no tengamos sobre ella estadísticas precisas y a veces no sepamos si va o viene o si es la misma de ayer o es otra nueva. Me refiero a la mujer ideal, la mujer tipo, la imagen de mujer que en este momento impera en nuestra cultura. Hablar de ella y no de ninguna mujer de carne y hueso tiene la ventaja de que si digo alguna cosa que no sea verdad, no habrá quejas ni demandas, no habrá políticas públicas equivocadas, ni levantamientos. Es un caso en que el error no tiene graves consecuencias: hablar de un mito no es tan arriesgado como hablar de los pobres para decir que son mitos geniales.

Desafortunadamente, con eso del modelo de mujer que priva en nuestra cultura no se acaban los problemas. Porque, ¿cuál es nuestra cultura? ¿La de aquellas mujeres católicas que creen con el Papa que es pecado hacer el amor con condón, hacer el amor con alguien del mismo sexo, o hacer el amor antes del matrimonio o afuera y a los lados del matrimonio? ¿O es más bien la de las mujeres de maíz, indígenas, que hace pocos años no tenían ni voz ni voto en las decisiones de su comunidad ni en las que determinaban su propia vida, y apenas empiezan a tomar los usos y costumbres en sus manos? ¿O la de las obreras de las maquiladoras, la de las sub-obreras del trabajo informal? ¿La de las mujeres de clase media y sus alrededores? ¿Es todavía la de nuestras madres, que estrenaron los anticonceptivos y las profesiones, o es ya la de nuestras hijas, que hacen el amor bajo la amenaza del sida?

De nuevo, prefiero hablar de lo que mejor conozco, y por eso no hablaré de la imagen ideal de mujer que tienen las panistas ni de la de las obreras maquiladoras. Sino de la imagen de mujer que encontramos con más frecuencia en los medios de difusión: en el cine, la televisión, la literatura, la música, el teatro. Ustedes me dirán: ¡pero ésa tampoco es una sola mujer! ¡Ésas también son

♦♦♦



muchas mujeres diferentes! ¿De cuál de todas ellas nos vas a hablar? Pues les voy a hablar de la que yo veo, de la imagen de mujer que yo creo distinguir en todas esas manifestaciones y versiones con que la cultura que puede expresarse en los medios recoge y devuelve los cambios que en las últimas décadas ha sufrido la imagen modelo de la mujer, nuestro modelo.

Veámosla más de cerca y en detalle. Lleva un peinado cómodo, que requiere poco tiempo para peinarse en la mañana. En general, el pelo no es ni muy corto ni muy largo, aunque en realidad sí podría serlo, porque casi cualquier *look* está permitido, siempre y cuando sea un *look*.

En cuanto a la indumentaria, encontramos a continuación pantalones un poco anchos y con la raya marcada, como los de los gángsters de los años cuarenta, o minifalda y medias negras, o vestido y calcetines, o *strapless* y falda larga con corte lateral. Cualquier cosa es posible. En este momento conviven las modas de los últimos cincuenta años. ¿Por qué será? ¿Será como un momento de recuerdo y recuento? ¿Será un momento de indefinición del ideal y, por tanto, de libertad?

Observemos más de cerca. Encima de ese atavío variable, hay una prenda necesaria y casi casi obligatoria. Es la que da el toque actual, aunque ya lleva más de una década en uso: se trata del saco con hombreras: la chaqueta, la americana, el saco, ese aditamento que cambia de nombre en español, según los países, y que durante todo este siglo y parte del anterior fue la prenda distintiva de los señores. Es lo que vuelve moderna una minifalda que, si no, parecería años sesenta; es lo que vuelve nuevo un vestido floreado que podría haberse puesto mi abuelita en los años cuarenta con un collarcito de perlas; combinado con pantalones, es el nuevo traje sastre, uniforme de la mujer que trabaja. Con saco, cualquier mujer vestida como sea, con o sin joyas, con cualquier calzado y peinada como Dios le dé a entender, se convierte en nuestro modelo.

De manera que lo importante es el saco, lo demás es accesorio. Lo demás —tacón alto, aretes, minifalda o vestido floreado o pantalones— es voluntario, está ahí para modificar, dar acento, dar grado y matiz a la masculinidad asumida mediante el saco. Porque no hay manera de pensar que el saco no está ahí principalmente para proporcionar cierta medida de masculinidad. Si recordamos los otros elementos que hemos ido importando de la indumentaria típica masculina casi insensiblemente: pantalones, chamarras, corbatas, portafolios, carrilleras, zapatos y botas, etcétera, y si nos paramos a pensar que cuando uno le copia la ropa a alguien es porque admira a ese alguien y quiere parecerse a él, entonces hay que pararnos a pensar más cosas, ¿verdad?

Por lo demás, no nos engañemos. La coexistencia de las modas no significa que nuestra modelo puede adoptar cualquier tipo de apariencia. Debe ser muy delgada, no ingerir demasiado colesterol, hacer ejercicio varias veces a la semana. No debe tener caderas muy grandes ni un vientre protuberante; hay más diversidad de opiniones en cuanto al tamaño ideal de los senos, dentro de ciertos límites. Nuestra modelo se pinta los ojos y la boca y usa maquillaje y muchas cremas diurnas y noc-

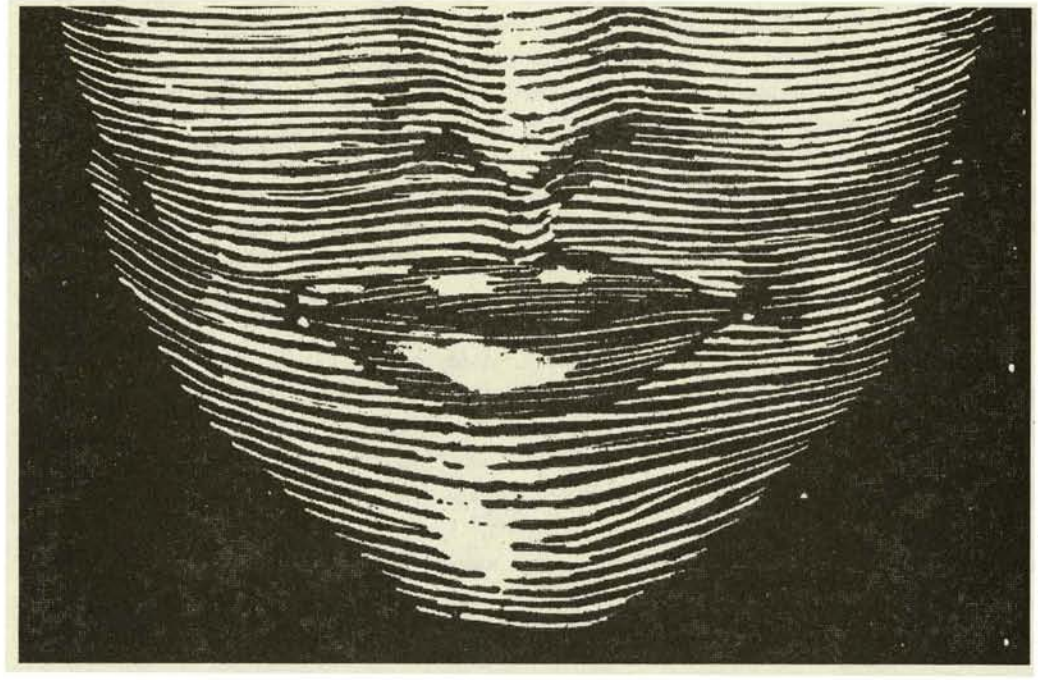
♦♦♦

turnas para las diversas regiones del cuerpo. Debe tratar de ser gringa, y si no lo logra, al menos ser blanca. Si le sale una sola cana, se pinta el pelo de inmediato. Aunque ya no tiene veinte años, como sucedía con la mujer ideal de la primera mitad del siglo, tampoco pasa de los treinta. Por eso su vida es tan estresada, porque a esa edad es cuando ya terminaste de estudiar y papá y mamá ya no te ayudan en nada; no sólo ya trabajas, sino que es cuando tienes que ascender en tu carrera, y además es cuando tienes hijos. Porque, hay que señalarlo, nuestra mujer ideal ha estudiado, trabaja duro y tiene hijos. Es decir, que no se priva de nada.

Ahora ya la vemos casi con toda claridad. Corre en todas direcciones y no le queda un minuto libre. Por supuesto, la razón fundamental por la que tiene tanta prisa es que está persiguiendo el dinero que, como es conocido, es tiempo que es, a su vez, oro. Es natural que nuestra modelo busque enriquecerse, al igual que todos a su alrededor. Como decía Mary McCarthy hace años, cada vez que el sueño de la igualdad entra en declive, cada vez que la igualdad social aparece como una utopía inalcanzable o absurda, empieza la fiebre del oro. La fiebre del oro consiste ante todo en una competencia de velocidad; es, antes que nada, cosa de apurarse. La juventud, que después de la segunda guerra mundial se presentaba como más larga que nunca antes en la historia, ha vuelto a acortarse. El tiempo que uno puede dedicar a aprender, a recibir, a buscar, a vagar y a divagar, se ha reducido. Si usted no se apura, llegará pobre y desconocido a los cuarenta años, edad nefasta en que las cartas ya están jugadas y no es posible mejorar el destino.

Pero no sólo es la búsqueda del oro lo que hace que nuestra mujer ideal tenga tanta prisa. Ello obedece también a que debe cumplir al mismo tiempo con todas las figuras: es una inteligente Minerva, pero no debe olvidarse de ser Venus; es una santa madre y una dama de placer; es valiente y capaz, pero también es tierna y sensible; es dura y competitiva en la calle, pero en casa no debe ser egoísta ni quererse a sí misma hasta el punto de ignorar las necesidades de los demás miembros de la familia. Es decir, que su vida está en chino.

Las películas, las novelas, las series de televisión y los anuncios políticamente correctos dicen que las mujeres pueden: pueden hacer muchas cosas que antes no podían, pueden ser radioastrónomas como en *Contacto*, zoólogas como en *Gorilas en la niebla*, meteorólogas como en *Los vengadores*, corsarias como en *La pirata*, agentes del FBI como en *El silencio de los inocentes*, políticas de alto nivel como en *Pocahontas*, guerreras como en *La espada mágica*, excelentes policías incluso embarazadas, como en *Secuestro voluntario*. Pueden ser protagonistas de cualquier historia. Son dechados de inteligencia, agilidad y valentía. Es cierto que en algunas telenovelas alivianadas nacionales como *Nada personal* o *Mirada de mujer*, hallamos personajes femeninos pseudonuevos, señoras dotadas de poquísima autonomía, buenas amas de casa, pero sin casi ningún interés fuera del gran tema del amor, que siempre ha sido la esfera particular de las mujeres, su único mundo, pero ya las hijas de esas mujeres se parecen más a nuestra joven modelo. Ya pronto las mujeres de las telenovelas nacionales serán médicas, modistas, arquitectas, y tendrán problemas profesionales y económicos, y no sólo sentimentales. Desde luego



♦♦♦

con ciertas adaptaciones locales. Por ejemplo, las mexicanas queremos ser también astrónomas, piratas y políticas, pero siempre con sirvienta; y también con mamá, tías, abuelas y hermanas para los momentos difíciles, y con día de las madres para cuando seamos viejitas y nos toque presidirlo.

Como quiera que sea y con todos sus *asegunes*, podemos afirmar que nuestra mujer modelo se distingue mucho de la de los años cincuenta, fundamentalmente por el hecho de que hemos logrado hablar de ella todo este tiempo sin mencionar al hombre que tiene al lado. Hemos logrado enfocarla a ella sola. Eso es una revolución. Sin embargo, aunque nuestra nueva mujer puede y debe hacer mucho más, y no se vuelve invisible cuando está sola, muchas cosas siguen igual o peor para ella. Sigue queriendo tener hijos, aunque ahora le resulta muchísimo más difícil conseguir y conservar a su lado a un hombre que esté dispuesto no sólo a tenerlos sino a asistir a toda su infancia y colaborar financieramente en su cuidado. Sigue obligada a dedicar a su buena apariencia mucho más tiempo y dinero que los hombres. Sigue teniendo que demostrar en el trabajo que es capaz de hacer tanto como un hombre, cosa que la mayoría de los varones no podrían demostrar. Sigue estándole prohibido el envejecimiento, lo cual significa que si permite que la edad se le note, no sólo perderá atractivo sexual simple, sino que perderá también autoridad intelectual, moral y financiera, que es lo que les da atractivo "sexual" a los hombres viejos. Esta mujer ya no tiene que optar entre dicotomías insalvables, entre virgen o puta, cerebro o nalgas; pero no ha logrado librarse de una sola etiqueta: ahora tiene que ser virgen y puta, tener cerebro y nalgas.

Si esa nueva mujer ideal puede y puede y puede con más y más cosas, no se ve cómo ello se articula con otra manera de cuidar a los hijos, otro estilo de familia o de tejido social en que ellas se apoyen y, mucho menos, otro modelo de masculinidad visible en las figuras de los hombres que las acompañan. Porque, aunque podemos verla a ella sola, si nuestra mujer ideal es de veras ideal, sigue teniendo un marido. Y ese marido no presenta grandes cambios como modelo masculino. En el mismo tipo de productos culturales en que podemos contemplar a nuestra modelo políticamente correcta, vemos unos modelos de hombre más bien desesperanzadores. Si es un padre deficiente, resultará muy gracioso y divertido cuando haga todo mal a la hora de cuidar a un niño. O puede ser un padre tan bueno que se disfrace de mujer para estar cerca de sus hijos, porque no tiene, no se le ocurre al guionista, otro modo de que estar cerca de ellos. Y disfrazado de mujer también es muy divertido: ¿qué puede ser más gracioso que un hombre cocinando? En general este señor puede ser tan macho como cualquier pirata o Zorro de la historia, aunque ahora tiene más sentido del humor. De vez en cuando, aprende a la mala a ser un poquito tierno, y ya con eso se vuelve celebrable. O es ciego o fóbico o lo han convertido en la Bestia, o está gravemente enfermo, y por eso necesita la ayuda de una mujer, el pobre...

Me parece que así como los guionistas y los escritores de *best sellers* políticamente correctos saben bastante bien qué hacer ahora con las mujeres, cómo vestirlas y qué cualidades atribuirles, en cambio no saben qué hacer con los señores. En general, los dejan como estaban y sólo les exigen que acepten con naturalidad la extraña vecindad de sus nuevas compañeras. Lo que las mujeres puedan o deban hacer no depende de ningún cambio en ellos ni en la estructura social que los rodea a ellos y a los hijos. Todo lo que la mujer puede hacer de nuevo depende sólo de ella.

A mí me parece muy preocupante esa figura ideal de mujer de la que he hablado. Aparte de ser irrealizable, no es un ideal esperanzador. Parece un ataque de nervios o una ensalada. En ella todo está amontonado. Es como si no sólo usara todas las modas del siglo XX, sino que se exigiera a sí misma cumplir todos los modelos anteriores y además las demandas del feminismo de la igualdad y las demandas del feminismo de la diferencia, y además las exigencias de un mundo durísimo, privatizado y despiadado, sin responsabilidad compartida ni solidaridad. Mucho me temo que a nuestra modelo le va a dar un infarto en cualquier momento, a pesar de su baja ingestión de colesterol y a pesar de que no fuma ni bebe, y que no va a llegar al año 2020.

Y si ésa es la conclusión poco tranquilizadora a la que llego respecto de la mujer ideal, no quiero imaginarme cómo sería si me hubiera ocupado de las mujeres reales, y me felicito, la verdad, de no haberlo hecho. Tengo la poco alegre impresión de que todavía va a ser necesario cambiar el mundo bastante, muchísimo, pero muchísimo, para conseguir que las mujeres ideales y reales puedan vivir en él. ♦

*Ponencia presentada en el Congreso Internacional de la Mujer efectuado en Saltillo, Coahuila, del 11 al 13 de marzo de 1999.